



ROSARIO
AGUILAR

Las 12 y 29

Edición digital
conmemorativa
50 aniversario
del Terremoto de
Managua



Gobierno de Reconciliación
y Unidad Nacional

El Pueblo, Presidente!

Instituto
Nicaraguense
de Cultura (INC)

PRESENTACIÓN

Hace 50 años Managua respiraba un aire decembrino, como ahora por aquellos días el comercio se derrochaba en ofertas especiales; el pueblo se desbordaba a través de los centros comerciales preparando graduaciones, despedidas, convivios, los estrenos de los chavalos, la cena de Navidad. Managua era una ciudad de tres avenidas llenas de luces intermitentes en arbolitos de Navidad, pero también era una Dictadura que campeaba en el aire triste de quienes no podían acceder a aquellos lujos.

El sábado 23 de diciembre de 1972, faltando pocas horas para la Noche Buena, Managua se detuvo entre temblores de un sismo de 6,2 grados en la escala de Richter, dejando casi el 75% de casas y edificios en escombros. Entonces "Managua era un solo llanto". La tragedia dejó más de 10 mil muertos y centenares de heridos. La ciudad se desangró en un éxodo y nunca volvió a ser la misma.

Luego de 50 años, desde el Instituto Nicaragüense de Cultura, en estos aires de diciembre en libertad y revolución sandinista, conmemoramos dicho acontecimiento que marcó un antes y un después en la historia de Managua, presentando la edición digital del libro *Las doce y veintinueve*, novela corta de la escritora leonesa Rosario Aguilar.

Esta historia de amor familiar se entreteje en el contexto del terremoto de Managua y nos acerca, desde la literatura, a conocer aquel doloroso acontecimiento.

Para las nuevas generaciones esta historia de fluida lectura puede ser un aporte importante para comprender el presente histórico que les ha correspondido.

Luis Morales Alonso

Co Director

Instituto Nicaragüense de Cultura

Rosario Aguilar

Las doce y veintinueve



44
3

Colección Primavera Sonámbula

ROSARIO AGUILAR

1938

LAS DOCE Y VEINTINUEVE

(Tercera edición)

Colección
Primavera Sonámbula



Título: *Las doce y veintinueve*

Autora: Rosario Aguilar

Editor: Francisco Arellano Oviedo

Diagramación: Lydia González Martinica, PAVSA

Portada: composición de Alejandro Argüello H.

Managua, mayo de 2010

Primera edición: 1975

Segunda edición: 1999

Tercera edición: 2010

Web: <http://www.rosarioaguilar.org>

N

863.44

A283

Aguilar, Rosario

Las doce y veintinueve / Rosario Aguilar.

—3.^{ra} edición— Managua: PAVSA, 2010.

93 pp. (Colección Primavera Sonámbula)

ISBN: 978-99924-20-30-0

1. NOVELA NICARAGÜENSE-SIGLO XX
2. LITERATURA NICARAGÜENSE

© Rosario Aguilar.

® Derechos reservados conforme la ley.

I
Hubo un pequeño temblor que la despertó y la impulsó a ver automáticamente el reloj. No quería constatar la hora del temblor. Quería saber qué hora era, porque Manuel todavía no regresaba.

Se puso sobre el camisón su quimona y se levantó para darle una vuelta a los dos niños. Cerciorarse de si no se habían despertado. El mayor dormía. Su pelo negro descansaba tranquilamente sobre la almohada, su carita morena. Pero el pequeño lloraba y ella lo levantó, lo puso a hacer pipi y le dio de beber un poco de agua.

Cuando apagó la luz, el niño protestó. Cualquier otro día ella hubiera vuelto a encenderla; pero no, no estaba para mimos. Se sentía muy afligida.

Estaba llegando al convencimiento, en aquel preciso instante, de que su matrimonio fracasaba, se hundía sin remedio aparente. Meses y meses en que todo había variado, se había oscurecido. Completamente. Del marido cariñoso y obligado tan solo quedaba el obligado. Sin amor. ¡Y tan solo hacía ocho años! ¡Tanta ilusión! Pero... estaban aún jóvenes... y pensaba, divagaba... que si ella tenía la culpa, que si aquel día, el primero que no volvió por la noche, ella provocó la crisis con sus reproches constantes.

Si todo fracasaba... ¿Qué hacer? No quería volver a su ciudad que era más bien un pueblo, allá lejos, en donde había tenido una infancia feliz, pero del que solamente parecía recordar los polvazales del verano.

El *baby* seguía llorando. Ellos le llamaban desde que nació el *baby*, para diferenciarlo del mayor, y porque así les parecía a ellos en su esnobismo, se definía mejor su cuerpecito blanco y gordo y toda su persona rubia y risueña.

¡Qué extraño! Manuel parecía ser un padre tan amoroso. Mimaba especialmente a aquel niño gordo y rubio, pero también al otro, al mayor, lo trataba con gran ternura.

No, no podía levantarse y chinchinarlo cuando tanta desdicha parecía acecharla. A ella, a los niños.

¡Qué calor! Ni el abanico refrescaba. Seguramente de tanto calor lloraba el niño. ¡Qué extraño calor sentía! Se tenía por un hecho que en el mes de diciembre el clima de la ciudad debía ser más benigno. Pero no. Todo el año se enredó el clima. Cada vez que hablaba por teléfono con los de su casa le contaban que allá también tenían sequía. No llovió en todo el invierno, ya ahora los pastos estaban completamente secos y las fuentes de agua se consumían.

No le quedaba más que esperar. En aquella Navidad podía definirse la situación. ¡Pero si él ni siquiera parecía

darse cuenta de que era Navidad! ¡Ni siquiera le preocupaba si les había comprado algo a los niños! Los años anteriores fueron distintos. Habían ido juntos a las tiendas a comprar juguetes, locuras, para ellos mismos como si fueran niños, para la casa.

¡Ay!, si ya mañana era veintitrés. No tenía nada listo, ni él se molestaba en preguntarle si necesitaba más dinero.

Pero los niños no debían pagar el pato de lo que sucedía y que ni ella misma sabía qué era. Debía ir por la mañana a una tienda, a comprarles juguetes a los chavalos. Aunque estuviera triste, deprimida, debía hacerlo. Que el espíritu navideño entrara en ella, en los niños, en la casa, aunque él, desafortunadamente, se quedara afuera.

No podía dormir. El reloj marcaba el tiempo que la separaba del marido. De la felicidad. Ella, ¿todavía lo quería? Sí, todavía lo amaba y por eso sufría.

Se levantó. Algo extraño sentía en el ambiente. Le llamó la atención el pedazo de cielo que se miraba desde el patio. Sintió un miedo espantoso, como un presentimiento, como si algo horrible fuera a suceder. El cielo brillaba extrañamente cercano, cercano. Como si estuviera allí mismo sobre el tejado de la casa, al alcance de la mano. De un color blanquecino, no, más bien rojizo, con una extraña iluminación gris. Un firmamento como nunca había visto otro ni aquí en Managua ni allá en su pueblo. Sudaba. Era un calor como nunca había sentido otro. No se movía ni una hoja de los arbustos del patio.

Debían ser sus nervios, su aflicción. No existían fenómenos conocidos como para tornar el cielo de aquel color anormal ni había poder sobrehumano para acercar los cielos y la tierra.

Definitivamente estaba nerviosa. Presentía algo terrible y funesto que podía ocurrir de pronto. Pensó que antes que

nada debía controlarse, no perder la cabeza. No dejarse llevar por la depresión del abandono. No se iba a volver loca porque Manuel no la quería ya. Calma. No llegar hasta el extremo de imaginarse cosas. Tranquila. Ya encontraría la forma de salir adelante, aunque fuera sola.

Otro ligero temblor. Buscó en el botiquín una pastilla para los nervios. Encontró el frasco que le recetaron cuando estuvo embarazada y padeció de tensión nerviosa, de insomnio. Era lo más sensato que podía hacer.

Estaba sola con los niños en la casa. Les había dado permiso a las empleadas, sí, la noche libre para que visitaran a sus familiares e hicieran sus compras navideñas. Así podían quedarse con los niños la noche de Navidad. En caso de que Manuel se quedara en la casa con ellos y quisiera ir a alguna parte cuando ya los niños estuvieran dormidos.

Poco a poco trató de olvidar todas aquellas cosas raras, como fenómenos,

que la tenían asustada. ¡Qué miedo sentía!

De un momento a otro se dormiría y entonces su mente podría descansar de la vigilia de pensar y pensar constantemente en el mismo tema. Manuel, Manuel. Repasar lo que le iba a decir y que a última hora no le decía, lo que él le contestaría y que no era lo que en la realidad le contestaba. Además de que siempre, desde que era niña, la Navidad le producía una sensación de angustia indefinible.

Sí, ¡qué sabroso! ¡Qué calma interior! Ya sentía que sus ojos se cerraban, que se hundía en la pacífica sensación del olvido, de un como abandono... dormir era como morirse plácidamente... suavemente.

Y de pronto, un espantoso rugido brota del fondo de la tierra... una inmensa explosión destruye el cielo y la tierra... destruye su casa. La empuja a ella violentamente contra el espaldar de la cama, contra el suelo. Todo se oscurece. Ella

no puede levantarse. El impulso es negativo porque una fuerza superior la mantiene en el suelo. Su mente no puede darle ninguna respuesta, porque la casa se ha venido al suelo sin explicación y ella yace allí, arrinconada, empujada con violencia en un pequeño espacio, sin ver absolutamente nada, como si una noche eterna ha caído y la obscuridad es para siempre.

Allá sobre ella comienza a vislumbrar una pequeña ranura por donde el cielo parece resplandecer, y su mente no comprende, qué pasa, dónde está, por qué todo ha explotado.

Es una alucinación. Nada sucede realmente... pero de pronto escucha el alarido de su hijo mayor que la llama y el gemido del pequeño.

Entonces vuelve en sí. Luego recordará que en ese preciso instante sintió un dolor en la cabeza, donde después se le hizo un gran chichote.

Deja de importarle la inmensidad del abismo en el que ha caído y las fuerzas que la mantienen sujeta, ante el recuerdo de lo que es, la constancia de la realidad devuelta a ella de golpe, por el grito de un hijo y el gemido del otro.

Sus fuerzas se multiplican. Trata de resurgir ella sola de aquella inexplicable tumba, a la que ha caído arrastrada quizás por un extraño delirio.

Guiándose por la luz del cielo que ya está de nuevo alejado de la tierra, sabe al menos dónde es arriba y donde abajo. Y con fuerza loca comienza a apartar todo aquello que incomprensiblemente la ha sepultado en un segundo.

No le duelen las manos pero sabe por el olor y la humedad, que le sangran; no le duelen las piernas, pero sabe inconscientemente que las tiene atrocemente golpeadas.

Pero al salir de los escombros pierde de nuevo el sentido de la orientación,

porque todo punto de referencia se ha derrumbado.

Vacila... de pronto... allá, por allá, escucha de nuevo el llanto de su hijo mayor que la llama "mamáaa". Corre... su camisón se le desgarrá por completo y no la cubre, pero nada absolutamente nada importa y se apresura. En sus pies descalzos siente vidrios y cosas punzantes que se le entierran... llega. El niño milagrosamente va surgiendo tosiendo, lleno de polvo.

Teniéndolo ya frente a sí ni siquiera lo abraza... porque de pronto recuerda. "Mi otro niño... mi hijo... mi *baby*". Él dormía en su cunita, junto a la puerta que daba con el cuarto de ellos. Comienza a rebatir, a buscar entre todas aquellas cosas tan pesadas e hirientes que formaban segundos antes la casa, su hogar.

Entonces es cuando escucha de nuevo, allá muy lejos, muy profundo, el llanto de un tierno; pero no, no es un llanto... más bien parece un quejido... ¿dónde?,

¿cómo llegar a él?, y grita: "Ya voy, no llores, tu mamá te va a sacar". Así le grita por mucho tiempo. Toda la casa se ha caído al parecer sobre él y entre todos los desperdicios de lo que formaba una casa, tiene ella que encontrar a su hijo.

¡Todo tan oscuro! ¡Sus manos son tan frágiles! Es como existir y ya no existir. Es como morir poco a poco con cada latido de su corazón, con cada gemido de la criatura. ¡Y no saber qué parte de la casa es cuál y dónde se oyen los quejidos! Es como tener ojos y no ver, como tener oídos y no oír.

Ella allí, toda sucia, herida, semidesnuda. Impotente.

II

Manuel se enredó con aquella muchacha sin saber cómo. Todos los días, cuando sale de su oficina, la pasa recogiendo por la Quince de Septiembre. Ella lo espera en una misma esquina, puntualmente. Manuel arrima el vehículo a la acera. Ella, sin decir palabras ni hacer gestos en vano, sube.

Es una muchacha enigmática, misteriosa, casi fea y casi hermosa.

El mismo Manuel no se explica cómo puede hacer una cosa tan vil. Todos los días del mundo se reprocha a sí mismo, por Vilma y los niños, por él. Hace muchos meses que dejó de ser feliz.

La muchacha no tiene aparentemente nada que la haga extraordinaria. Él en cambio ama a Vilma y admira su belleza pacífica. Hay algo extraño que lo ata a

esta muchacha. Por más que se proponga y por más que lo intente, siempre acaba buscándola.

Es algo en su sexo. Es casi como un embrujo.

La gente que siempre habla tonterías, dice que en la Costa, algunas mujeres embrujan a los hombres y que una vez que un hombre tiene amores con una mujer de esas, ya nunca más, nunca más, puede alejarse de ella. Si se alejan, estas mujeres tienen poderes para mancharlos horriblemente, por todo el cuerpo, y tan solo se quitan las manchas, si el hombre regresa a ellas. Es algún brebaje que les dan...

Pero Manuel no cree en esas cosas y le han parecido toda su vida tonterías, hasta que, inexplicablemente, a él mismo le sucede algo parecido. Es un extraño furor por la muchacha, a la que no ama, pero si desea constantemente. Ella no es originaria de Bluefields, pero ha vivido allí, según dice, por algún tiempo.

Un día Vilma va a sospechar algo. No sabe hasta cuándo podrá tenerla engañada con aquella mentira tan convencional del trabajo extra, de los compromisos con algunos clientes.

El día que Vilma se entere o sospeche algo raro, llorará a mares, y él sufrirá viéndola sufrir. Y, ¿si ella decide dejarlo y se lleva a los niños?

No, no los dejará irse por nada del mundo, porque si eso sucede sería para él casi como una sentencia de muerte. Inmediatamente su mundo se derrumbaría. Todo ese mundo construido por él mismo para que en él vivan Vilma y sus hijos, para nadie más que para Vilma y sus hijos.

Desde la penumbra de aquella pieza ajena, situada en un segundo piso de una casa en el barrio de San Sebastián, piensa.

Cuando anocheció aquel día se encontró con la muchacha. Le acaba de contar que al día siguiente se marcha a pasar la Navidad a la Costa, ya que su tía

está enferma y ella presente que nunca más la verá. Manuel se alegró inmensamente con la noticia de su repentina marcha.

Mientras le hace el amor con aquel ardor tan extraño para él mismo, él, que es un hombre lleno de principios y construido a base de disciplinas, no puede apartar de su mente la imagen de las calles llenas de la alegría de la Navidad y los rostros de sus dos chavalos.

¡Una suerte que la muchacha se marche por tres días aunque sea! Así podrá dedicarle esos días a Vilma, a los chavalos, porque de lo contrario, no tendría fuerzas para zafarse de aquel horrible deseo de encontrarla. "Ojalá se caiga el avión", piensa.

Mañana es sábado. Ya es veintitrés. Sí, por la tarde los llevará a todos a las tiendas. A comprar. Juguetes y todo lo que Vilma desee. Quiere verla feliz, abonarle algo a la terrible pena que le tiene reservada.

¡Si pudiera encontrar una fórmula para librarse de ese sentimiento tan contrario a todos sus planes! Domingo. Domingo veinticuatro. ¡Lo dedicará a la casa! Hará todas las cosas que le gustan y que no hace desde que surgió el enredo. Música. Para él una cinta nueva. Jugará con los cipotes, leerá. Un libro. Un libro nuevo.

El lunes veinticinco va a ser feriado. Vilma tiene meses de no visitar su pueblo. Llevará a Vilma a su pueblo. Un viaje largo. Madrugar, manejar mucho. Regresar ya de noche para amanecer el martes veintiséis trabajando... ¡Si tan solo ella no volviera!

Mejor irse ya. Si Vilma se puso nerviosa con el temblor de las diez, a lo mejor está despierta y lo espera...

Mientras se levanta y se viste, ve a la muchacha desnuda que no duerme pero tampoco está despierta. Siempre silenciosa y misteriosa, con su cuerpo largo y hermoso.

Siente una fuerza extraña que lo empuja y lo tira de nuevo a la cama. Cae sobre aquel cuerpo ajeno, sudoroso. Quiere incorporarse, marcharse. No puede. La fuerza aquella lo inutiliza.

Un derrame cerebral. Un infarto mortal y sin dolor. El mundo temblando desde su mente paralizada.

No es quizás un derrame porque su mente está lúcida y puede moverse. Entonces lo temido... ¡un hechizo espantoso! Como un orgasmo sideral que lo paraliza en espasmos desesperantes. El brebaje, el embrujo, el cuerpo de la muchacha, el ayuntamiento mortal. Por su castigo, un orgasmo diabólico. Sin placer. Trepidante.

Todo sumido en la espantosa obscuridad de una ceguera. "Claro, el derrame me produjo ceguera". "A la puta. ¡Dónde me agarró!".

Es una explosión nuclear. La guerra mundial. La destrucción del planeta. ¿Por qué? Rusia, China, los Yanquis. Deben

de haber atacado el Canal de Panamá, "y así nos vamos nosotros". Las potencias disparándose esos cohetitos...

No, el juicio final. El fin de los tiempos. El ángel de su niñez con la balanza. Todo acabado... acabado.

Pero está vivo, siente, piensa. La puerta trabada. Patadas. Pensamientos. Tengo que salir de aquí, tengo que salir de aquí. "¡No me puedo quedar aquí!".

Se encuentra inexplicablemente en el pasillo. Corre y de pronto siente una extraña corriente de aire que brota de la obscuridad total. Se detiene sin pensarlo, su subconsciente adivina que de allí en adelante tan sólo existe un vacío. El piso se ha caído. Ya no hay escaleras. ¿Qué pasa? ¿Qué demonios pasa?

Está vivo, puesto que puede pensar y correr. Lo primordial es llegar inmediatamente a la calle. Después no pudo recordar cómo llegó, pero bajó del segundo piso hasta la calle.

Cuando se voltea horrorizado para investigar lo que sucede, la casa se desploma. Como si fuera hecha de tierra seca, como si fuera construida con pilares de astillas... se caen paredes y tejados, y por todos lados se escuchan espantosos alaridos.

Hasta entonces comprende lo que sucede... ¡Un terremoto! Debe correr, atravesar volando la ciudad y llegar a su casa. Constatar si Vilma y los niños viven, o si a ellos les ha llegado también su juicio final. No, no puede ser...

Pero... la muchacha aquella cuyo olor lleva aún pegado a su cuerpo. Su sudor, revuelto con el suyo propio. No, nada ni nadie tiene importancia.

Puede perecer el mundo entero, hundirse, que él ni siquiera volverá a ver para atrás, mientras no sepa lo que sucede allá. Sus hijos, su esposa, su casa. Porque pueden estar en este preciso instante enterrados.

Su corazón desenfrenado golpeándolo asustado, palpitando, muriendo.

Volar, correr, salvarlos.

Las calles borradas. No puede distinguir ninguna dirección. Perdido en su propia ciudad y sin encontrar referencias que le guíen.

Poco a poco la luz de la luna va dominando la oscuridad absoluta y aterradora del principio, y se da cuenta de que no tiene en la bolsa la llave de la camioneta.

¿Volver atrás? Jamás. Rompe los vidrios. Con alicates y desarmador quita la ignición y la conecta directamente. Eso significa que no puede detenerse, no puede parar, debe correr hasta su casa y pasar por sobre los escombros de toda la ciudad. ¡Qué lejos están! Del barrio de San Sebastián al barrio de Santo Domingo hay un infranqueable y larguísimo viaje de obstáculos.

Por el camino siente que lo chocan, y ve cómo la calle se mece como si de uno

de los extremos alguien la sacude como una manguera de hule, como una serpiente de papel, como un inmenso reptil. Cree que así, de ese modo no logrará llegar nunca. Ve como muchas paredes que aún estaban verticales se vienen abajo. Esquiva enormes trozos que caen. Uno grande cae sobre la camioneta. Pero él está decidido a no detenerse.

Es el viaje más extraño que hace en su vida. Las referencias no existen. La esquina tal o el edificio cual, han desaparecido, o giran, o desmoronados en el suelo, tienen totalmente otro perfil.

Se escuchan gritos de terror por todos lados, cual si una escena muy antigua se estuviera filmando, un castigo bíblico... tiene el deseo de que de pronto se enciendan las luces, y encontrarse sentado tranquilamente en el teatro, con el corazón todavía angustiado, oprimido y acelerado por lo emocionante y casi irreal de las escenas.

Repentinamente, como producidas por un relámpago, comienzan a salir

ráfagas de chispas de las casas caídas, y un resplandor anaranjado, rojizo... y llamas. Es el incendio.

No puede llegar a su casa. Sabe que por esa dirección queda, pero una espesa nube de polvo y algo fatal y tenebroso se lo impide. Comienza a llorar sin ninguna inhibición. Lloro como un niño y como nunca ni siquiera siendo niño ha llorado. Porque lo que siente en su corazón y lo que piensa con su cabeza, no puede sentirlo jamás un niño. Es el límite de la angustia, del terror.

Allá lejos, como surgiendo de la obscuridad de una espantosa tragedia griega, divisa o adivina la silueta de ella casi totalmente desnuda. Pero en esos instantes, la desnudez de nadie importa. Aferrada a la silueta grande, otra más pequeña. ¡Su niño mayor! ¿Y el chiquito?

La mujer se le lanza encima, pero no para abrazarlo, no. Extrañamente, siendo tan pacífica, comienza a golpearlo en el pecho, a arañarle, en un ataque violento

de histeria. Con los puños cerrados le golpea y le grita cosas incomprensibles, terribles, jamás antes moduladas por su boca. Palabras en las que parece acusarlo de que, por el hecho de estar ausente, lejos de ellos, todo el mundo ha perecido. Como si quisiera culparle, por todo lo que está sucediendo en el mundo, su destrucción, su hundimiento.

Llora y grita y repite, que si él hubiera estado allí, nada funesto hubiera acontecido.

Entonces él hace lo que nunca jamás creyó que haría. Algo que en circunstancias normales va en contra de sus reglas, de su educación, pero que en ese instante es totalmente necesario.

Le pega a la mujer varias veces y muy duro, para que vuelva en sí y se controle.

Cada instante es importante.

La mujer se calma. Comienza a llorar quedamente, a gemir desde muy dentro, con una voz muy profunda, enronquecida

de tanto gritar. Entonces él comprende el motivo espantoso que la tiene histérica y también él comienza a llorar y a lamentarse con ella.

El chiquito, el *baby* está todavía atrapado. Ella de tanto luchar se ha agotado, no lo puede sacar, y se oyen, allá, quedamente y como desde un lugar muy profundo los tenues lloriqueos. Los dos, como locos y con fuerzas tomadas de la desesperación, del terror, comienzan a escarbar de nuevo. Es imposible.

Lo más pesado lo cubre. Está aún vivo, se oyen sus quejidos y tienen que apresurarse, correr y remover el mundo si es necesario con sus propias manos, para sacarlo, para salvarlo.

Si tan solo pudieran conseguir una barra, una coba o una pala. Pero a él nunca en su vida se le ha ocurrido tener una barra, una coba o una pala y sin embargo, es en esos instantes lo más crucial en la vida. Nada es tan necesario. Cada segundo es vital. Porque el niño puede

estarse asfixiando o, por estar herido, desangrándose...

Es un vano empeño. Por más que remueven, ni siquiera pueden levantar levemente aquella pesada solera que lo aprisiona. Tienen completamente heridas y llenas de ampollas las manos y están solos en el mundo... Nadie puede detenerse y ayudarlos... El otro niño llora porque tiene frío.

III

¿Qué pasoooooó? ¿Dónde estoy?
¿Adónde me caí? ¿Qué sucede? ¿Por qué
este espantoso ruido? Esta obscuridad...
Todo este horrible estremecimiento...

Parece que la casa se vino abajo. ¿Por
qué? Oigo gritos desesperados a mi alre-
dedor, cerca y lejos.

¡Terremoto! He quedado atrapada en
la casa. Se derrumbó. Estoy atrapada bajo
algo, no sé, prensada y con una parte de
mi cuerpo inmóvil. No, no puede ser. Es
una horrible pesadilla. ¡Enterrada viva!
No, no puede ser... sí. ¡Auxilio, Socorro!
Sáquenme de aquí. ¡Socorro! Alguien,
por favor, que me ayude a salir de aquí.
¡Manuel!

¡Qué gran polvazal! ¡Me estoy as-
fixiando...! No puedo respirar, qué polvo
más seco y nutrido. Debo gritar y gritar...

No, ya no puedo gritar más. Nadie parece estar vivo para escucharme.

Llevo un siglo gritando y nadie me ayuda, un siglo de polvo en mis pulmones.

De nuevo oigo acercarse ese retumbo extraño. Ese ruido que es como un lenguaje que brota del fondo de la tierra. Truenos, tormenta allá abajo. Tiembla otra vez. Me sacuden, me hundo más, más profundo. ¡Auxilio, auxilio...!

¡Qué silencio! Los gritos, los retumbos, los derrumbes han cesado. Todo oscuro y silencioso. ¡Dios mío! Es hasta ahorita que me da miedo... Tengo miedo. ¡Qué desgracia, Dios mío!

Calma. ¿Quién me podrá sacar? Sí, Manuel debe de haberse salvado, sí, debe estar buscando la manera de ayudarme, de sacarme.

¿Pero por qué tarda tanto? A lo mejor no puede sacarme él solo y ha ido a pedir ayuda. ¡Sí, los Bomberos! O a lo mejor no

llegó a la calle y está muerto, o enterrado como yo. Y si se quedó atrapado no podrá venir a sacarme nunca. Pero, no oigo sus gritos... Debe ahorita estar viendo cómo me ayuda.

Allá, por allá veo una ranura. Por ahí se filtra un poco de iluminación. Pero qué raro el color de la iluminación y de la obscuridad. Un color extraño. Amarillento, como si fuera un fuego empolvado.

¡Sigue temblando! Es el fin del mundo, el Apocalipsis, como decía el pastor de la Costa.

¡Si tan solo pudiera mover mis piernas y salir gateando de aquí!

¡Debo salir de aquí y pronto! Porque ahora va a venir el fuego.

Tan solo puedo mover una de mis manos, la otra está prisionera. De mi cintura para abajo no siento nada. Algo muy pesado me cayó encima de la rabadilla y me la atraviesa. Debían dolerme mucho, mis piernas, mis pies, pero no me duele

nada. Me toco la barriga y siento mi mano llena de lodo. Sí, algo espeso y mojado como lodo. ¿Lodo? No, huele a sangre, y a lo mejor es sangre.

Estoy cansada. Tengo tanto sueño. Debo morir pronto. ¿Cómo? Sosteniendo la respiración hasta el final. ¡Valor! Morirme ya, antes de que se acerque el fuego y me quemé viva... Sí, porque las llamas deben de estar naciendo en algún lugar...

¿Cuánto tiempo podrá aguantar una mujer enterrada viva? ¿Cuánto tiempo podrá respirar con tanto polvo? ¿Cuánto tiempo desangrándose, sin comer, sin beber?

Tengo una gran sed. Quiero un poco de agua. ¡Socorro, sáquenme de aquí...!

Mi tía Sara me lo dijo. No, no te vayas a Managua, que solo te vas a perder, a corromper.

Pero es que allá me aburría mucho, no había nada que hacer, menos con las ideítas geniales de la tía Sara y el pastor...

Sí, que yo fuera una predestinada, una santa. No, nunca me gustó.

Desde que me llevaron allá me empecé a aburrir. No, yo no nací allá, pero mi mamá se enredó con aquel costeño. Pobrecita. Pobre, que vida la suya.

Pronto me muero. Lo que me aflige es recordar a mi mamá y a mis hermanitos, el que era de verdad mi hermano, porque fue al único que quise... a los otros no. Durante toda mi vida he cargado con esa gran culpa y me he arrepentido de ello todas las noches de mi vida. Si Dios es misericordioso ya fui perdonada, pero hoy surge la culpa del fondo, resaltada. Hoy que he sido arrastrada viva a mi propia tumba. Me acuerdo y me arrepiento otra vez, como si fuera el propio día, ya que ante esa horrible culpa, todos mis otros pecados son apenas sombras.

Por las fechas que mi mamá marcaba en las puertas, calculo que debo de haber andado por los cuatro años. Marcó con una cruz el día de su muerte.

Hay una plaza lodosa en un estero rodeado de casuchas. Están un poco de negritos bañándose en el agua. Allí estoy yo y allí está él. Nuestros cuerpecitos desnudos.

Todos nos trepamos por turnos a una piedra grande y desde allí nos tiramos y nos zambullimos en el agua, para salir al lado opuesto de la gran piedra. Todos desnudos y a nadie le importa. Algunos de los más grandes, cuando no hay nadie cerca, tratan de tocarme el sexo, como decía el pastor. Pero yo a esa edad ya era madura y comprendía y los arañaba.

¡Tiembla otra vez! ¡Resucitarán los vivos y los muertos! ¿Y si resucita mi hermanito y me perdona? Aunque él era tan chiquito que ni cuenta se dio... Si a lo mejor ni tiene que resucitar...

Todos los chavalos salieron corriendo para mirar un bote que se acercaba allá, por el otro lado del estero... y él y yo nos quedamos solos en la piedra...

Yo tan chiquita y ya sabía nadar. Él no, tenía miedo, solo se bañaba a la orillita y no quería tirarse de la piedra...

A mí de pronto se me ocurrió cogerle de la mano... ¡Cómo ha pasado el tiempo... y cómo recuerdo ese instante! ¿Por qué lo hice? ¿Por qué? Para qué quería él saber nadar... ¿Por qué no fuimos con los otros a ver qué traían en el bote?

Le cogí la mano. Era una mano así, chiquita... Un año menos que yo, y su manita apretadita y fría. Su manita temblorosa y arrugadita de tanta agua... Y porque he sentido durante toda mi vida, desde entonces, su manita entre la mía, confiada..., por eso no he querido tener hijos, ni querer nunca a un niño.

Le subí a la piedra. Yo quería que no tuviera miedo, que aprendiera a nadar como los otros y se tirara como... yo..., que se zambullera y saliera por el otro lado de la piedra... Me acuerdo bien que no quería, tenía miedo y yo lo llevaba y lo convencía.

Sus ojos negros, grandes y asustados. Su cuerpecito mojado, chiquito y panzón. No, no era moreno, como los otros, los que nacieron después. Mi verdadero hermano. ¡Hermano mío! Por padre y madre... porque a los otros yo nunca los pude querer.

La piedra estaba resbalosa. No, después de ese día jamás volví. Como él no quería tirarse..., lo empujé... y cayó, y como no sabía nadar, se refundió... Yo ni siquiera me moví ni grité. Vi después revolotear sus manitos, un poco más allá, más hondo. Y paralizada ni me moví ni grité.

Sus ojos grandes y asustados no volvieron a surgir más y me fui de allí con el espantoso peso y el miedo que por siempre he llevado sobre mi corazón.

Le buscaron por todas partes, ya de noche. Y después encontraron su cuerpecito mordisqueado por los pescados. Desde entonces me volví silenciosa.

Y aunque todo el mundo lo vio cuando lo pusieron en una cajita que le hicieron de tablas viejas, yo no lo vi.

Nunca dije nada. A nadie. Es el secreto espantoso que llevo conmigo. A nadie le importa. Tan solo dos personas quisieron a ese chavalito, mi mamá y yo. Mi mamá ya murió, hace mucho... y yo voy a morir pronto.

¿Cuánto tiempo podrá aguantar una mujer enterrada? ¿Cuánto tiempo podrá aguantar este aire polvoso?... ¿Respirar?... No comer, no tener agua... Voy a gritar. ¡Quiero agua! Manuel cochón, recochón... te fuiste y me dejaste aquí...

La noche que lo velaron tomaron mucho guaro, y el hombre aquel de mi mamá, le pegó y le pegó, porque dijo que mi mamá, por puta y vaga no cuidaba al muchacho y que por ella se había ahogado. Sí, por andar de puta y vaga no nos cuidaba. Eran ganas que tenía de pegarle. Porque el muchacho no era de él, ni tenía derecho. Le pegó tanto que por nada la

mata. Además mi mamá se iba y me lo recomendaba a mí, que le cuidara, que le diera de comer. Porque a mis cuatro años yo ya era mayor. Sentí un gran remordimiento por cada golpe que le dio y que casi la mata, y siempre sentí que era por mí que le había pegado. Por eso, por eso no quiero cuidar ni hijos míos ni ajenos. Cuando ella se murió de tanto parir muchachos de aquel costeoño ni pude llorar, porque todo me daba lástima y sobre todo, la apaleada aquella, injusta, y las lágrimas se me cuajaron para siempre en los ojos. Murió de punto de tétano y el hombre de ella se murió unos meses antes que ella, porque se fue a pescar y lo cogió un chubasco y no volvió. Después, dicen que encontraron su cuerpo partido por los tiburones. Ni lástima sentí cuando empezaron a repartir todo aquel cipotero. Ni me acuerdo si eran seis o siete ni a quién le quedaron ni me preocupé por volverlos a ver después del entierro de mi mamá. Yo no quería darme cuenta ni para dónde se los llevaban ni

me preocuparon más, hasta el día de hoy, porque me estoy muriendo y muy pronto tendré que darle cuentas a mi mamá, ya que me voy a encontrar con su espíritu en el más allá. Tengo que darle cuentas de lo que hice con mi vida, la que ella me dio, y la de todos aquellos hijos suyos que se los llevaron para quién sabe adónde, pero es que yo no los quería, no, no me encariñé con ellos, porque cada uno me quitaba un pedacito de la vida de mi propia mamá.

El día del entierro de ella, yo andaba en once años y el pastor me entregó a la tía Sara. La tía Sara no es nada mío, si se habla de la sangre, pero ella se preocupó por mí, me acabó de criar. Quiso que yo fuera a la escuela, adonde el pastor, y que aprendiera bien la religión. Mi mamá no se preocupaba de esas cosas, pero es que ella y yo siempre estábamos atareadas, con tantas cosas que hacer. Tantos chigüines y tanta ropa que mi mamá alistaba para ganar. Lavar, planchar. Pero la tía Sara no es que sea santa, tampoco, tiene

sus cosas. Yo ya la conocía desde antes, porque por todos en el barrio era muy nombrada. La gente siempre ha dicho, y es verdad, que es una "curiosa". Es más que curiosa. Sabe curar y preparar brebajes para mil cosas a favor y en contra. Todos la consultan allá, y de repente, cuando era más joven, hasta se acostaba con el pastor.

La verdad es que yo nunca he sido feliz. No, nunca. Aunque lo aparente y todos crean que soy feliz. Me acuerdo de una frase de la historia que nos enseñaba el pastor, así en mi vida: "Mi lecho nunca ha sido de rosas". Menos ahora. Estoy enterrada viva, tengo insensible la mitad del cuerpo, me muero de frío con la parte que siento, y la sed y el cansancio. Es el peso de todo el universo destruido sobre mí. Y allá, lejos, como si estuviera muerta y mi tumba quedará mal cerrada, veo el espantoso color del cielo. Cielo teñido de polvo y fuego. Como si las almas resucitadas se levantaran y huyeran de la tierra encendida.

Me muero. Me muero poco a poco y mis gritos y lamentos caen en el espantoso silencio del mundo sin luz y sin sombras. Grito, y mi grito cae como en lo profundo de un abismo sin fin, confundándose con los pavorosos gemidos que produce la tierra que sigue vibrando y llorando.

Tantos años sin poder llorar y ahora las lágrimas me salen sin esfuerzos. La tía Sara me lo dijo. Que no me viniera a Managua. Que debajo de Managua había una profunda caverna oscura, y que ella, en una vida anterior, ya había estado allí. ¡Y yo que me he reído tantas veces de ella!

Sí, ella sabe.

Lo que me empujó a dejarla, fue cuando me dijo que alguien no me quería por allá y que habían enterrado un muñeco para enfermarme, para hacerme daño. Ella lo supo y tuvo miedo por mí y por eso me permitió marcharme de su lado.

Ella me enseñó los trucos para retener a los hombres. No quería que me fuera, no, ya que ella me tenía destinada para otra misión. Pero cuando lo del muñeco enterrado comprendió que me tenía que dejar marchar, y tenía que enseñarme lo que le pedía, porque ella consideró que era impotente en su sabiduría para librarme del mal. Todo me dio resultado. Ninguno de ellos se ha podido ir por su propia voluntad. Pero me gané sus odios, porque ahora ninguno se acuerda de mí para salvarme, y a lo mejor sientan un goce y un descanso cuando se enteren de mi muerte y de la agonía que estoy viviendo, sepultada viva.

Pero el único hombre al que de verdad amé, jamás me amó, ni pude darle a beber el jarabe mágico de la tía, ni untarle en sus partes nobles los polvos del amor. No, él rechazó siempre mis fuerzas porque quería que yo fuera virgen para siempre. La tía me dijo cuando me los dio, que una vez que me conocieran, sentirían algo tan ardiente, que ya no podrían liberarse de

mí. ¿Pero él...? ¿Le habrá tenido miedo a la tía?

Siguen cayendo paredes y un nuevo torbellino de polvo me tiene ciega y asfixiada...

IV

Allá por el centro de la ciudad comienza a vislumbrarse un extraño resplandor y el cielo empieza a encenderse con un brillo opaco, como en una aurora triste y prematura. Pero no es la aurora. El resplandor de los incendios se refleja en la densa nube de polvo que sube, espesa de humo caliente, ascendente, de las casas caídas.

Hasta entonces se fijan en el niño que tiritita de frío con su ligera piyama, en la mujer que está casi desnuda, sin nada, absolutamente nada con qué cubrirse, porque tan solo escombros a ras del suelo quedan. Es como buscar ropas en el tejado de la casa, bajo el cual todos los muebles y el *baby* yacen aplastados. El hombre se quita la camisa con el olor de la mujer ajena y se la pone a la propia.

Tratan otra vez de buscar socorro, pero nadie puede socorrerlos porque todos están en parecida situación.

El niño llora porque no quiere tocar con sus pies el suelo que sigue temblando, y grita para que lo chineen. Siente el terror del mundo vacilante e inseguro bajo sus pies. Quiere que lo carguen, que lo suban, que le eviten de algún modo el espanto de sentir temblar la tierra. Ellos no están para complacerlo. Ya casi no se escuchan los gemidos del tierno.

¡Desean tan ardientemente que amanezca! Que el sol ilumine la tierra para que cese el terror y la confusión de la noche. Que de una vez, la luz borre para siempre la espantosa pesadilla. Pesadilla a la que pertenecen con toda la realidad.

No tienen ya lágrimas para llorar, tan solo sienten desesperación e impotencia...

Después, por el Este comienza a nacer el día, poco a poco, con desesperante

lentitud y como la única esperanza para toda aquella población que ha caído durante la noche a los confines del infierno.

Todo se asemeja al *Génesis*. "La tierra estaba confusa y vacía, y las tinieblas cubrían la haz del abismo". "Sea la luz; y hubo luz. Y vio Dios ser buena la luz y la separó de las tinieblas".

Amanece el 23 de diciembre de 1972. Cuando todos, hasta los más abandonados, guardaban una lejana esperanza de algo nuevo para la Navidad. Pero lo que la luz del sol va iluminando, ninguno de aquellos seres lo podrá olvidar jamás.

El frío sobrenatural que sobrevino inmediatamente después del cataclismo comenzó a ceder, y el sol, como siempre, empezó a calentar la tierra. Poco a poco calentándola, "nicaragüense sol de encendidos oros". Y se van calentando las cabezas de tantas y tantas personas que han perdido sus tejados que las protegían. Se calientan las piedras de los muros derruidos, y el fuego.

De pronto se dan cuenta de que no tienen agua y que los tres sienten una gran sed. La cañería se encuentra retorcida, rota, vacía. Ellos pueden resistir, pero el niño dice constantemente que tiene sed, pide agua... y no se pueden mover de allí mientras no saquen vivo o muerto al *baby*.

Cuando ya el sol ha calentado las tejas que están quebradas a ras del suelo, pasan tres amigos de Manuel, que compadecidos de ellos, se prestan a auxiliarlos.

Entre todos comienzan a levantar aquella espantosa confusión que formara horas antes, un hogar. Un hogar que protegía a sus ocupantes del sol durante el verano, y de los aguaceros en los copiosos inviernos. Que ha protegido a los niños del mundo exterior y dado aislamiento y seguridad a todos sus habitantes.

Sí, van saliendo todos los objetos completamente inútiles: la consola, el refrigerador, la máquina de coser, el carrito del *baby*, los juguetes. Todas las cosas van

apareciendo en los lugares donde nunca han estado antes. Lo de la cocina por los dormitorios, lo del dormitorio corrido hasta el borde del patio.

Un silencio expectante los envuelve a todos. Ya no oyen ni un susurro. ¡Hace tanto tiempo, horas, siglos de estar sepultado vivo!

Quizás está tan cansado que se ha dormido. Tal vez está tan rendido que se ha muerto...

Cuando al fin dan con él... no se mueve, permanece quieto. Cuando la mamá lo llama, permanece sordo y mudo. Cuando la mamá lo toma, lo siente frío. Cuando todos corren... está muerto.

¿Pero...? ¿Cómo puede estar muerto el niño que el día anterior lloraba y reía y comía? ¿Cómo? ¿Cómo puede huir la vida de un cuerpecito tan mimado, tan cuidado, tan querido? Allí no más está su cochecito destripado, su cunita hecha pedazos. De allí, de su roperito

con calcomanías de ositos y conejitos empolvados, salen trozos de su ropita. Las piernas de un pantaloncito, la punta de una sabanita con bordados de Masaya.

Su cuerpecito está muy sucio y ni siquiera tienen agua para lavarlo, para limpiarlo. Y sobre su cabecita y sus cabellos claros, tierra y sangre.

El *baby* está muerto y tienen que envolverlo con la sabanita bordada en Masaya que sale del ropero con las graciosas calcomanías empolvadas.

Tienen que enterrarlo. Enterrarlo otra vez. Con sus manos, y sus brazos y sus pies, rasgados del esfuerzo sobrehumano que han hecho tratando precisamente de desenterrarlo. Horas de terror vividas tan solo para llegar a la dolorosísima conclusión de buscar cómo y dónde enterrarlo.

De pronto, el denso silencio que les produjo el dolor es perforado por el llanto angustiado de un hombre y una mujer.

Deben de ser los vecinos. Gritan asustados porque a la mujer que es muy joven, casi una adolescente, le han sobrevenido desgarradores, los dolores del parto. Los vecinos se acaban de casar hace poco.

El joven e inexperto esposo llega hasta ellos, a pedir ayuda. Ellos, traspasados de dolor, no pueden socorrerlos.

¿Cómo es posible que en medio de aquel caos, un niño esté por nacer? Que una nueva vida surja cuando todo está acabando. Cuando a todo le llega su fin. Cuando la ciudad entera yace aplastada sobre el suelo y los habitantes sumidos en los confines del terror. Unos muertos, otros muriendo, miles al morir. Todos desvalidos. ¿Cómo es posible? Un nuevo hombre surgiendo de aquel caos. Una criatura nueva. No, no puede ser y es.

El muchacho tiembla y le suplica ayuda. Manuel no puede discernir. ¿Qué es sumamente primordial? Por un lado, su hijito desenterrado muerto, con su madre postrada de dolor sobre la tierra, agotada,

muda, impotente... y por el otro, el nuevo niño, el que va a nacer y ya vive, pero que aún no nace ni conocen... y que está tratando de salir con empuje extraordinario de entre las carnes de su madre... pero, ¿para qué nacer?... Y la muchacha, aquella primeriza, horrorizada... con rasgantes dolores físicos. Ni siquiera conoce aún a su criatura y ya le quita parte de su ser.

Es absurdo. La criatura quiere salir, brotar, a pesar de todo, de un lugar seguro, resguardado, a un mundo sumergido en las tinieblas de la desesperación y el horror.

¡Dios Santo, qué hacer!

De todas formas los dos hombres no pueden hacer nada en las condiciones en que se hallan. Si quieren encontrar alguna clase de ayuda tienen que moverse y buscarla. Sí, rápido, moverse, ir, volver.

Toman a la muchacha que es tan frágil que parece impotente para aquella lucha de parir. Una muchacha pálida, delgada,

con unos ojos espantosamente tristes y resignados.

Por el centro, la ciudad es visiblemente infranqueable. Toman rumbo Sur, hacia la carretera que rodea a Tiscapa. El sismo no ha respetado nada ni a nadie. La Embajada Americana yace postrada humildemente besando el suelo nicaragüense. Ya no existe. El Hospital de la Guardia ha perdido toda simetría.

Al acercarse al hospital "El Retiro" comprenden que no hay ninguna esperanza. Los pacientes están en las aceras... tratando de salvar la vida. Adentro es mil veces más peligroso que afuera... La confusión no tiene palabras... La desesperación de las personas que llegan con heridos graves no es mayor que la de los enfermos que descienden por las paredes para salvarse. Llegan de todas partes buscando ayuda, llenos de esperanzas, y se encuentran con aquel cuadro desolador.

El cuartel de bomberos se ha desplomado y la inmensa loza de concreto de su techo, aprisiona, inmóviles, a todas las unidades, a todas las ambulancias, a todos los equipos de salvamento. No existe ya el cuartel de bomberos. Al edificio pueden borrarlo del mapa. La Cruz Roja... Lo mismo... con su edificio de cinco pisos... reducido a uno. Las planchas de concreto, comprimidas, forman un solo bloque. Dentro yacen inútiles todas las cosas... Es decir, no existen hospitales ni clínicas ni cuartel de bomberos ni Cruz Roja... Todo ha perecido... La ciudad no puede hacer nada por ella misma. Mutilada. Si va a existir ayuda... tiene que venir de las ciudades de los departamentos. La propia capital, mutilada, impotente... es totalmente incapaz de brindarse el más pequeño auxilio.

La Ciudad grita y corre de un lado a otro buscando un lugar donde llevar a sus hijos heridos de muerte.

¡Lo más extraño! Ellos no son los únicos que buscan a un partero. Por

todos los lugares a los que van llegando, esperanzados, en busca de ayuda, se encuentran con mujeres al borde de parir, sea porque les ha llegado la hora, o porque el terror o los golpes, las inducen a un parto prematuro.

¡Pobres mujeres que tuvieron que dar a luz aquel veintitrés de diciembre!

De pronto el muchacho divisó a un conocido que estudiaba Medicina. Corre por la acera para tratar de alcanzarlo; mientras tanto, la muchacha da un grito y Manuel tiene que asistirle... No puede recordar nada sobre un parto. No recuerda si tiene que agarrar y tirar de la criatura, o si simplemente, tiene que esperar a que ella sola nazca. No sabe qué hacer, si lo propio es cortar aquel enorme cordón que de pronto recuerda traerá consigo, o si hay que dejárselo un tiempo prudencial.

Entre las piernas de la muchacha se asoma un objeto negro y húmedo... y él, un inútil. ¡Cuánto ha tenido que vivir esas horas!

Cuando llegan el esposo y el amigo... Manuel decide marcharse inmediatamente. En un lugar del planeta, sobre un pedazo de tierra, se encuentra el cuerpecito inerte de su hijito. Sacan a la muchacha de la camioneta y la acuestan sobre la acera... es ya un problema ajeno, el suyo no está allí. Si la criatura nace o no, no es de su incumbencia.

Lo más triste que ve cuando regresa es que todos los relojes de la ciudad están parados. El de Catedral, el del Banco Central... Todos los relojes de los edificios, iluminados por la rojiza luz de los incendios, detenidos, marcando... LAS DOCE Y VEINTINUEVE... las doce y veintiocho... las doce y veintisiete... las doce y veintiséis. No marcan más el tiempo porque ya no existe para nadie. Las torres inclinadas... muertas, con sus grandes relojes sin vida... sin vida.

Sobre la ciudad parece haber caído azufre y fuego. Todos sus habitantes están aterrorizados y la orden es de evacuar

inmediatamente la ciudad. Después del anochecer, ningún cadáver puede abandonarla.

Pero no, ellos no se van dejándolo enterrado allí. No, no lo dejarán ni muerto, en medio de aquel caos. En la camioneta cargan lo que les queda, que no es mucho. Lo que les parece en ese instante que les puede ser de alguna utilidad.

Y tienen que decidir un rumbo, porque es tan inaudito lo que sucede, que en la desesperación les parece que toda la tierra está destruida.

Antes de salir de la ciudad, Vilma quiere cerciorarse del destino de sus dos empleadas. Tan solo recuerda la dirección de una de ellas, y se empeña en buscarla, para ver si vive y quiere huir con ellos.

V

¡Pero qué divertida doña Vilma!, quiere que me vaya con ella a su pueblo. ¡Qué apuros los que me ha hecho pasar cuando vino! Yo, desde que vide venir la camioneta supe que era ella, casi me muero. Qué carreras las que pegamos para esconder todas las cosas, ni tiempo nos dio. Memoria de la risa cuando ellos que entran y Lolo no encontraba cómo esconder sus grandes patas con las enormes botas, ni las sabe manejar. Si ellos lo hubieran visto caminando... Y el muy estúpido no acató a quitarse la chaqueta. A la legua se adivina que no es de él; y toda nuevecita y sin camisa por dentro, además, a esta hora, con este solcito, quién tiene la ocurrencia de andar de gran chaqueta de señor. Pero si yo también soy una mula, mi aspecto, ¿qué pensarán doña Vilma y don Manuel de mí? Ahora sí que ya nunca les voy a

poder dar la cara. Aquioras se me ocurrió zamparme este gran camisón de vuelos color de fuego y esta quimona llena de encajes que se asoman por debajo de la bata sucia que me zampé cuando los vide venir. ¡Ay, qué risa! No, ellas no le dicen quimona a estas tan elegantes, les dicen... ah, *negligé*.

¡Ay, doña Vilmita con su cipote muerto! Yo también lo quería, le tenía cariño, por eso lloro, no porque a doña Vilma se le haya ocurrido venir y verme en esta facha como dice Lolo. Lloro por el cipotillo.

¡Ay!, Dios, gracias porque al chinchorro de nosotros no le pasó nada. Ni que le hubiera pasado. Como no pesa, no nos mata aunque se caiga; no sé ni cómo aguantó, con lo podridas que están las tablas y las rajadas que hacen de postes. Me acuerdo que cuando Lolo las estaba clavando yo lo regañaba, porque como él todo lo hace así, ponía un clavo por aquí y otro por allá. Si el día que hubo aquel

gran viento el zinc se levantó, pero ahora, con lo tremendo que fue, si parecíamos semillas de maracas, aguantó. No, ni soñar en irnos de Managua ahora, esta es la gran oportunidad. O nos hacemos ricos ahora, o nunca.

Anoche yo no quería ir, es verdad, la falta de costumbre me daba quién sabe qué. Fui por complacer al hombre, porque después anda pregonando a los cuatro vientos que yo tengo espíritu de esclava, que en cuanto miro a una de mis antiguas patronas pongo cara de santa o de azúcar derretida. Por eso fui, porque quién lo aguanta diciendo chochadas de mí... pero en el fondo me daba quién sabe qué.

Primero nos fuimos juntos, pero en después nos separamos, para evitar complicaciones. Lolo trajo un poco de chunches eléctricos que ni nos sirven, yo le dije que ni tenemos electricidad, pero él dice que para venderlas en después. Lo que yo cogí es más práctico, zapatos,

él se burla porque hay algunos que son de un solo pie. Ropa y telas. La mujer es más sensata en todo.

Para mí tan solo voy a dejar unas cuantas cosas, sobre todo el camisón y la *negligé*, mi sueño, me fascina el color que tiene de fuego, nada más que cuando me pongo el ajuar hace un calor endiablado. Lo demás se lo mando a mi mamita y a mis hermanas, pobrecitas, nunca han gozado la vida, recutidas en aquel infierno de comarca, a como hice yo, que no me aguanté y me vine a la capital.

Lolo no suelta las botas y la chaqueta... parece un niño, tiene también una pipa... es de orinarse de la risa. Hoy hay viaje otra vez. ¡Claro, Lolo aguanta más que yo! Primero es hombre, fuera de que es más joven que yo, y después, que nunca ha parido y que la mitad del tiempo no tiene trabajo, no se desgasta, soy solamente yo la que trabaja parejo.

¡Ay, mamita! Fuimos, pero es que yo no estoy acostumbrada a la vida de

delincuente. Como me criaron de hija de familia en la casa de mi padrino. Todavía estoy temblando. En lo que yo venía con el poco de rumeras de telas, él, él, pipita, el guardia que se me cruza y se me planta en frente, yo haciéndome como que no lo veía, pero él se apercató inmediatamente de mi inexperiencia. Me dice el muy jodido, que con qué permiso andaba yo saquiando allí, para endespués decirme que si quería pasar, le tenía que dejar una de las piezas de tela, a él, y el muy jodido, tenía una gran caja llena de cosas, y se la tuve que dar, pero me hice la babosa cuando me pidió mi nombre, y me dice todavía, que si quiero salir libre que tengo que irme por esa calle, sí, por allí estaba el fuego en lo fino, y todavía los edificios derrumbándose, por nada me mata uno, encima de que por poco me chamusco, para que en más adelante, me estuviera esperando otro guardia hijo de puta, que ya debe de haber estado hablado con el otro y me quita dos piezas. Total, uno expone la vida y el prestigio, para volver

a su casa toda hecha cuita, chamuscada y con solo dos piezas de tela.

Lolo tuvo más suerte. Sacó un montón de radios chiquitos, máquinas de afeitar y unas piezas de repuestos de quién sabe qué cosa. En cuanto vuelve se ensarta otra vez las botas y la chaqueta y me cuenta lo horrible que está eso. Que por todos lados hay gente aplastada y algunas están todavía vivas, que gritan y que nada se puede hacer por ellas, nada, muchas se van a achicharrar, porque el fuego avanza con el viento y como no hay agua ni bomberos, nadie lo puede detener.

Todos los ricos huyen horrorizados. Ahora sí, al fin estamos parejos todos, ricos y pobres, todos sin nada.

No se ve a nadie por allí, digo, tratando de ayudar. No hay responsables, y nos extraña que ni los curas anden por allí. Cada uno es personal, con su problema, tratando de salvar lo suyo. Y nosotros los pobres tratando de salvar, siquiera por esta vez, algo para nosotros.

Lolo dice que es más prudente que el viaje se haga de noche, pero hoy mismo, porque mañana puede que ya la autoridad quiera intervenir y no dejen entrar... y comiencen a tirar al que encuentren saquiando. Yo quisiera que Lolo me dejara en paz. Pero él me trata y dice que con mujeres como yo no se puede progresar.

Las vecinas han traído cosas divinas. Pero es que ellas no tienen conciencia, se han metido hasta en las casas particulares y hasta los anillos a los muertos les han jalado. Eso es lo que Lolo quisiera que yo hiciera, pero yo pienso que todos somos hijos de madre, y que se debe tener compasión, aunque los ricos no la tengan nunca de nosotros, todos ellos ni me hacen caso y se ríen de mí. Después de todo, me dicen, o se quema, o se lo roban otros, o llega la guardia y se lo lleva. Es una manera de hacernos justicia. Porque el que no ha tenido nada, algún día debe tener. Ellos dicen que es Dios quien mandó el terremoto, porque esta

gente de Managua se estaba ahogando en vanidad. A mí me da remordimiento ser así. Eso sí, mañana temprano, con mi tía que se va, dice ella que hay que irse antes de que a los pobres les echen la culpa de todo, del fuego, del robo, del terremoto, mando las cosas para mi mamá y mis hermanas. Ni le cuento a Lolo porque me trata otra vez. Solo dejo lo más mío. Lo que ya pensé que era para mí.

VI

“Tía Sara, tía Sara”. Tan solo tu fuerza sobrenatural puede sacarme de aquí. Tía Sara, yo te espiaba por las rendijas de las tablas cuando alguien llegaba a buscar tu amor. Porque además de mágica sos buscona y de vos aprendí, desde las rendijas de las tablas, todos los secretos del amor. Y tan sólo quería crecer para irme de tu lado, porque vos querías que yo fuera diferente, hasta que te diste cuenta de que no. Yo te decía en mi carta que iba a pasar la Navidad con vos, porque quería verte y estar allí unos días, pero no era verdad. Se me gastaron todos los polvos y jarabes que me preparaste especialmente para venirme a Managua, y quería ir a verte, para que me volvieras a preparar todo y me enseñaras cómo, porque ya estás vieja y pronto te vas a morir y entonces yo, sin mis polvos y mis

jarabes, quedaré desprovista de todo, como desnuda. Porque ningún hombre me ama de verdad. Los odio. Quisiera hacerles mucho mal, que sufran, que no vivan en paz. ¡Ay, el hombre que amé, nunca me amó, por vos tía Sara, porque te tenía miedo a vos!

El pastor repitiendo en tiempos de la Pasión: "Tengo sed, tengo sed". ¡Cómo sufrió Jesús si su sed fue tan terrible como la mía!

Las moscas me tocan y me tocan. Las piedras, el mundo que se ha invertido, se ha dado vuelta, se calienta de un modo siniestro.

Es un sol que entra a través de las nubes de polvo, como si su único propósito fuera el de calcinar mi carne y sacar limpia mi calavera. Es como decía el pastor todos los días, porque todos los días me leía *La Biblia*, hasta que me volví como loca y me entraron los deseos horribles de huir de allí. Y él sólo leyendo *La Biblia*, *La Biblia...* y la tía Sara con él, y leían, y

ella cantaba y conjuraba sus hechizos... todos los días. Yo como de catorce años y ellos queriendo hacer de mí una santa, de esas que atraen a la gente y hacen ganar mucho dinero. Me tenía que aprender *La Biblia* y tenía que saber las cosas extrañas, obscuras y misteriosas que reza la tía Sara. Querían que conjurara a los muertos y les hablara y transmitieran sus mensajes. Que gritara y llorara frente a la gente para que todos creyeran en mí, y yo misma no creía.

Como ahora que el sol calienta mi tumba mientras yo aún estoy viva y recuerdo la parte que dice: "Sol, detente sobre Gabaón; Y tú luna, sobre el valle de Ayalón; y el sol se detuvo, y se paró la luna. Hasta que la gente hubo vengado de sus enemigos".

¿No está escrito en el libro de Jaser? El sol se detuvo en medio del cielo, y no se apresuró a ponerse, casi un día entero. No hubo ni antes ni después, día como aquel...

Me he quedado dormida un rato... o me he desmayado. ¡"Dios, misericordia"! Que me desmaye para siempre, que me duerma para siempre, que termine este espantoso suplicio para siempre. Si alguien me sacara... No, no, que no me saquen, que tan solo tengan la piedad de terminar de una manera inmediata con mi vida. No quiero vivir más. Que me maten, que no traten de sacarme, porque ya no tengo cuerpo, ni piernas, ni brazos. Porque ya no tengo alma. Mi alma ha quedado enterrada también, no le dio tiempo de huir, que abran un hueco para que pueda volar.

¿Cómo hago para morir pronto? Me quedo sin respirar..., tanta sed..., no puedo vivir más sin un poco de agua... ¡Que me mate alguien de una vez y por piedad!... ni siquiera eso... ni siquiera un alma que por piedad me mate.

El día se acaba. La luz poco a poco se termina. El calor del sol se enfría sobre las casas caídas. Ahora siento escalofríos,

casi frío. Sobre mí, el cielo se apaga poco a poco y las voces aterradas que oía pasar por allá, largo, se han marchado una a una y me dejan sola con el silencio de mi propio cadáver.

Todo salió como estaba escrito. Mi horóscopo me era desfavorable... por todos lados encontré signos en contra de los míos... las conjunciones de los astros no me eran propicias...

Ya yo dejé de vivir ayer.

El día que morí, yo lo supe. Sospeché algo desde temprano, pero creí que todo sucedería en el avión que me llevaría a la costa. Fue como una aureola nueva alrededor de mí. Y caminé por el comercio y por los mercados y todos los que me encontraron ese día lo supieron, lo sospecharon, o simplemente vieron sobre mí la aureola inexplicable que se posa sobre los que van a morir. Lo sospecharon en lo profundo de mis ojos... sí, y por eso se portaron conmigo extrañamente afables.

Todo el día 22 vagué por Managua. Se me había metido que el avión se iba a derrumbar.

Delante de mí, o detrás, o a un lado... ella estuvo todo el día junto a mí, solícita, y me abrió las puertas de los buses y me brindó asiento... y le dio liviandad a mi cuerpo. Ella, la muerte.

Pero es que yo no escuché el ruido de las trompetas. A lo mejor sonaron, y mis oídos no las escucharon porque estaba en pecado. Pecado. Por unos pesos... y haciendo de un hombre bueno un atormentado.

Sí, deben de haber sonado. Porque el pastor decía: "El que tenga oídos que oiga". Ellos querían hacerme profetisa y llevarme de pueblo en pueblo y que por siempre fuera virgen. Me obligaron a aprenderme las palabras del *Apocalipsis*... y sin embargo... sabiéndolas... no escuché las trompetas. No me di cuenta, sino hasta que se cumplió la parte que dice: "Y en aquella hora se produjo un

gran terremoto y vino al suelo la décima parte de la ciudad y perecieron en el terremoto hasta siete mil seres humanos y los restantes quedaron llenos de espanto...”

La noche ha caído y se ha cumplido la parte que yo recitaba mejor: “Y tocó el cuarto ángel la trompeta, y fue herida la tercera parte del sol, y la tercera parte de las estrellas, de suerte que se obscurecerá la tercera parte de las mismas, y el día perdió la tercera parte de su brillo...”

Querían que yo anduviera con ellos y pusiera mis ojos en trance y recitara las partes así, para atraer a los fieles. En sus planes estaba recorrer toda la costa: Waspán, Cabo Gracias, Prinzapolka, Puerto Cabezas... “Si alguno está destinado a la cautividad, a la cautividad irá...”

Yo sé hablar misquito. La tía Sara se encargaba de enseñarles a todos los pastores que llegaban por allá. Porque ese es el idioma de ella y ella aprendió a hablar el español. Sabe hablar el inglés

de la costa y todo eso me lo enseñó a mí. Sí, todo... hasta que yo empecé a enamorarme del pastor.

Poco a poco me muero... me estoy alejando cada vez más de mí. Un sueño profundo me tienta y sé que ya nunca más despertaré. No siento dolor. Al contrario. Siento cómo me escapo sin dolor... Tan solo esta espantosa sed. Pero si duermo ya no sentiré sed... y nunca despertaré. Todo mi cuerpo se durmió. Es como si estuviera físicamente... muerta... y la muerte me va cogiendo poco a poco. Si pudiera moverme, gritar, me levantaría y recitaría a los que aún viven en esta ciudad: "Maldito de Yahveh quien se ponga a reedificar esta ciudad de Jericó. Al precio de la vida de su primogénito ponga los cimientos, al precio de la vida de su hijo menor ponga las puertas".

¡Dios mío! Perdóname por lo que hice en mis últimos meses, perdóname porque empujé a mi hermanito y por mí se ahogó. Ya que a lo mejor mi destino

era ser profetisa, oíme y perdóname.
Quiero que me lleves al mismo lugar
adonde te llevaste a mi mamá y a mi
hermanito...

VII

Lolo me tiene de un bate. Ya el hombre dijo en el radio que al que encuentren saqueando lo matan. ¡Claro! Ya un poco de bandidos se repartieron con la cuchara grande.

Ahora este bruto de Lolo quiere seguir en el asunto. Yo no. Además, él no piensa porque vive echado todo el día y solo sale de noche. Pero a mí me duelen las patas de andar de arriba para abajo buscando ese asunto de la comida. Ni agua tenemos.

Los de arriba dicen que han mandado ayuda de todas partes del mundo, pero por aquí, por este barrio miserable, nada. Pero si ni agua podemos conseguir.

Desde obscuro me levanté para hacer cola. Y después de horas y más horas de estar esperando, salen con que no es allí,

si no en otro lado... y para allá vamos todos. Que en toda Managua no hay nada que comer. Todo el día camellando de la seca a la meca, para total, no conseguir nada.

Bueno, y cuando dan algo... para las chanchadas que dan, ni vale la pena. Unos atoles y unas latas que ni los animales se las comen.

Todo el día volando pata y para volver sin nada. Yo no sé, pero las noticias dicen que vienen aviones cargados de comida y ropa. A algún lugar están yendo a parar, porque a nosotros los pobres ni juco, nada. Tan solo esperar y perecer.

¡Mejor me hubiera ido con doña Vilmita! Lo que más me da cólera es Lolo. Es que él cree que con la ayuda que viene, vamos a tener de todo y ni siquiera vamos a tener que trabajar... ¡Mechas! Como he vivido más que él, tengo más experiencia, sé que para nosotros no llegará nada. Allá por los caminos van quedando las

cosas, y tan sólo alcanzamos lo que nadie quiere.

Tengo miedo de esta soledad de la ciudad, de esta mortandad. Es como si todos los habitantes de la ciudad se hubieran muerto. Pero desde hace muchísimos años, siglos, y sin embargo, apenas tres, cuatro días, y todo alegre, completamente lleno de gente, de voces, ruidos, vida.

Estoy muy afligida. Hay en Managua una escasez de gente que angustia. Yo para qué, prefería cuando la ciudad estaba llena y tenía a mi patrona de ahora y a mis patronas antiguas. Porque mientras he estado con mis patronas nada me ha faltado. Pero ni siquiera tengo que preocuparme por andar buscando comida. No, mientras uno trabaja los patronos se preocupan de todo. Uno tan solo obedece órdenes: "Fulanita, que anda y te compras tal cosa". Le dan los reales a uno. He tenido patronas descuidadas que no se fijan en nada y yo para qué comprar de

mis centavos, si hasta del desodorante de ellas me pongo, ni jabón, ni nada.

61 Cuando tenía menos experiencia, una de ellas me fregó. Porque puso desodorante barato en uno de los frasquitos de las cremas que ella se untaba en la cara para ser más bella, y yo de babosa, poniéndome y poniéndome la tal chochada en mi cara. Todos los días mientras lavaba el baño. Y ella muerta de risa y no me dijo nada hasta que me despachó cuando ya tenía mi repuesto. Pero eso sí, yo nunca le volví a decir adiós, no, ni que la encuentre frente a frente, es más, le volteo la cara y si te he visto no me acuerdo.

62 Fui a dar una vuelta por ahí. Ya están cercando la ciudad como si fuera chiquero, pero todavía se puede entrar. Me quedé platicando un rato con don Víctor, uno de mis antiguos patrones. Tan culítico don Víctor, "que las camisas no están bien planchadas", "que esta taza jiede", y ahora el pobre, cuidando

su tienda con un rifle y una pistola, todo sucio, sin bañarse, sin rasurarse, jediondo él. Pues contándome: "Que se escuchan todavía los lamentos de las personas que están todavía atrapadas y que aún viven. ¡Ay, qué horror! Atrapadas bajo inmensas planchas de concreto".

Los lamentos se oyen toditita la noche, y poco a poco, cada noche son menos y se han ido quedando en silencio. Dice don Víctor, platicándole a un cuñado que le está ayudando a cuidar, "que hay un punto de la noche en que él no sabe si son los vivos que aún se quejan, o son las emanaciones de las ondas que han dejado las voces de los muertos, que han quedado rodando entre el viento que sacude las ruinas".

No sé, este cuento me ha dado escalofrío. El caso es que a diario sacan y sacan muertos que como ya están jediondos, allí nomás los queman.

Este Lolo que no vuelve. Ahí le va a pasar alguna vaina.

¡La sangre de Cristo! ¡Como un presentimiento el mío! ¡Ay, ay, ay, mamita linda! ¡Lo han tirado al hombre!

El compañero que andaba con él me viene a avisar y yo que no le creía y hasta que me fui con las vecinas que se prestaron a acompañarme...

Y me fui envuelta en una toalla. Y por el camino que me encuentro a la Rosa que me saluda: "Cuénteme comadre... ¿y el hombre?". Y yo sin poder hablar porque ya nos vamos acercando donde están los guardias vigilando: "Pues el hombre allí está, comadre. El mismo hombre".

¡Allí estaba el hombre! ¡Tirado! ¡Muerto mi Lolo! Como si yo no los vi a todos robando... robando... los rejodidos. Me lo cogen de víctima y me lo matan. Allí tirado, con sus grandes canillas y sus pies descalzos porque no aguantaba las botas.

Yo sin poderle decir ni adiós. No, si yo digo que es mi compañero, me encholpan a mí también.

Ellas me aconsejaron que no diga nada, que corra y trasponga todo lo que tenemos ahora, que lo entierre. Porque ellos averiguan todo y van a saber adónde vivía y nos lo quitan.

Pobre Lolo. ¿No sería castigo de Dios por lo que deseó el otro día?, aquel, cuando lo corrieron del trabajo. No, pero Dios tan de pronto no le iba a hacer caso, a él, a Lolo.

Las vecinas me trajeron adonde la Rosa, para que pueda llorar y dar gritos sin llamar la atención y después, dando un gran rodeo por todas las ruinas, llegamos a mi casa.

Yo lo presentía. Yo que corro y ya tarde. Porque habían estado aquí en un *jeep* y nos saquiaron, sí nuestras desgracias... y se llevaron hasta sus botas, las del desgraciado, que Dios lo tenga en su gloria, y mi *negligé*, hasta mi cordón de oro que lo saqué a plazos, pagándolo en abonos con mi sueldo y la firma de doña Vilma.

Lo que soy yo, me voy.

Ni hecha chancha vuelvo a Managua.

¡Ay mi Lolo! Lolito mío, tan lindo y te me fuiste a morir, tan bruto. Ingrato, cómo me fuiste a dejar solita. Diosito mi lindo, perdónalo ahora que ya es difunto. Amén.

VIII

Las carreteras comienzan a llenarse de gente como agua que se derrama. Las penumbras comienzan a filtrarse por las paredes caídas, y los que pueden huir, huyen. Los que tienen un lugar para donde irse, se van. Un lugar en cualquier punto del mapa de Nicaragua. No hay energía eléctrica ni agua. La tierra continúa temblando. El fuego, amenazante, coge la misma velocidad del viento.

Cuando ellos dejan atrás la ciudad, ya la parte del comercio ha sido saqueada.

Tienen que avanzar forzosamente despacio. Muy despacio.

Adelante toda clase de automóviles, todo lo que tiene ruedas o pies. Por detrás, otro tanto más. Es una pesadumbre espantosa. Tan solo los que tienen a un

familiar perdido o prensado bajo los muros caídos, se niegan a huir.

Todo el casco de la ciudad con sus barrios inmediatos, han desaparecido. Sin esperanzas.

Ellos llevan el cuerpecito del *baby* que ya está frío y parece que hace siglos se ha separado de ellos. El día se asemeja a un siglo, sí, como que hace mucho tiempo que ya no llora ni ríe, ni demanda ninguna clase de ayuda, de cuidado.

¡Es tanto lo que han vivido en las horas de este interminable día! Tienen que llegar a un lugar y buscarle sepultura. No pueden quedarse con él para siempre. Saben que no son los únicos que llevan a un ser amado y perdido en la densa caravana.

Atrás quedan ocho años borrados de un solo sacudión, y adelante la incertidumbre espantosa de todo lo que puede sobrevenir. ¿Regresarán algún día a la capital? ¿Es realmente verdad lo que viven? ¿No es una funesta pesadilla de la

que muy pronto van a despertar? ¿Qué les depara el futuro, si todo lo ahorrado, todo lo proyectado, todo lo vivido, ya no existe?

No tienen lágrimas para llorar, porque el peso del dolor es demasiado denso e incomprensible. Nadie parece llorar entre todos los fugitivos que los preceden en la carretera, ni entre los que vienen detrás.

Sí, los que huyen se han ido derramando por todos los confines del país. Con sus criaturas, con sus motetes, con sus muertos. Con sus rostros en cuyos ojos, por haber visto todo, ya no se pinta el asombro, pero sí el espanto. Pupilas cansadas por siglos de vigilia, rodeadas de círculos extraños y oscuros como ojeras, sin ser propiamente ojeras. ¡Qué contraste el de los rostros! Con los músculos realzados y al mismo tiempo completamente fatigados. Los cuerpos en una total desolación de dolor, de tensión. Alertas. Como al borde de la muerte y viviendo. Como los arbustos cuando se arrancan

con violencia del suelo, que inmediatamente empiezan a marchitarse. Las hojas mustias, las ramas desgajadas, las raíces enmarañadas.

El terror del hombre primitivo, cuaternario, surgiendo a través de los períodos, de golpe, en rostros del siglo XX.

Transeúntes sonámbulos que ni se fijan en los bordes de los caminos que están completamente secos, muertos. Todo seco, desde León hasta Matagalpa, desde Chichigalpa hasta Chinandega. Hasta El Viejo. Los plantíos secos. La sequía levanta el polvo desprendido de las capas fértiles de las huertas.

Triste todo. Todo el país triste. Triste los maíces. Triste los zacates, los campos, todo lo que se ha sembrado. El polvo levantándose triste.

La sequía de tantos meses es como una plaga que se nutre de sí misma. Todos los caminos recorridos ese día, todos secos.

Ya nadie recuerda que es víspera de Navidad. Menos ellos que llevan el pequeño cadáver a un lugar seguro para guardarlo para siempre.

Entre los dos un espantoso secreto a gritos constituye un abismo, una grieta, un mar. ¿Un puente? Los dos piensan en ello y los dos callan, porque el destino a veces tiene funestos designios. El niño mayor no es de ellos, lo han adoptado en una época en que creyeron que Vilma no podía concebir. Por dos veces el destino se los entrega. Lo adoraban, cuando el otro vivía, aún antes, igual, igual que al otro. Pero aquel ha muerto, escogido entre los dos por la fatalidad. Es decir, les arrebatan al propio hijo sin explicación aparente y les dejan al otro, que de tan querido, tan mimado, se les olvida que no es propio... Pero en esos instantes, ambos callando el secreto.

Sobre los alambres de la luz y el teléfono, miles de pájaros "arroceros" se posan. Tratan de robar los pocos granos de

millón que se han salvado de la sequía y que mece el viento. De pronto se levantan en bandadas y se vuelven a posar. El sol ya hundido en el horizonte ilumina con una belleza suave y pacífica la carretera y los campos. El color del cielo es de un celeste dorado, apacible, esfumándose, llegando casi al plomo. ¡Tan apacible! Como si nada extraño hubiese ocurrido.

Otro día cualquiera, Vilma hubiera detenido el vehículo para enseñarles a los niños los pájaros. Pero ahora, cómo le duele que existan pájaros y campos y puestas de sol, cuando su *baby* ya nunca más se alegrará por ello.

Al acercarse a su pueblo, Vilma rompe a llorar. A lo mejor cada quien puede volver a llorar cuando se acerca al lugar escogido como refugio. ¡Ay, pobres aquellos que tienen que pasar otra noche en la tenebrosa ciudad!

Recuerda el día en que en sentido inverso abandonó su casa. Una vez ya viviendo en Managua, nunca más volvió

a sentirse bien en la tranquilidad del pueblo, y sin embargo, ahora regresa desesperada por encontrar un techo, una pared sin grietas, un suelo fijo.

La vida que han llevado en Managua ha sido demasiado agitada e intensa. Un mundo aislado. El resto del país ha sido para Managua un país borroso alejado en distancia y en tiempo. Una isla absorbente, ha sido, rodeada de Nicaragua por todos lados.

Los hermanos esperan dolidos a Manuel y a Vilma. Ella se fija en el jardín que está tan florecido como siempre. Las cuñadas se adelantan para atenderla, y ella, de pronto, se siente como una extraña, una forastera...

THE UNIVERSITY OF CHICAGO
LIBRARY

PHYSICS DEPARTMENT

PHYSICS DEPARTMENT

PHYSICS DEPARTMENT

Novelista en patria de panidas, **Rosario Fiallos Oyanguren**, 1938, mejor conocida en el mundo de las letras como **Rosario Aguilar**, es la primera mujer con dedicación y éxito en la narrativa nicaragüense. Ella es un caso especial en la narrativa centroamericana, sin pasar por la poesía ni siquiera por el cuento, irrumpe en la novela como si fuera este su oficio desde que empezó a vivir. *Primavera sonámbula* (1964), es su primera novela. A esta siguen, *Quince barrotes de izquierda a derecha* (1965), *Rosa Sarmiento* (1968), *Aquel mar sin fondo ni playa* (1970), *Las doce y veintinueve* (1975), *La niña blanca y los pájaros sin pies* (1992), *La promesante* (2001), *Siete relatos sobre el amor y la guerra* (1986) cuentos; *Soledad tú eres el enlace* (1995), ensayo. Lo social y lo psicológico, valga decir, la problemática de la mujer en América Latina es la temática de esta escritora que cultiva una prosa clara, expresiva e idónea para descubrir el mundo interior de sus personajes femeninos.

Francisco Arellano Oviedo



ISBN 978-99924-20-30-0



9 789992 420300